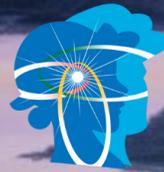


2ª ENTREGA



**Cipame**  
Centro de Innovación e Investigación para el Desarrollo Justo del Sector Minero Energético de Colombia

ABRIL 2025



**HIDANORA PÉREZ**  
(TRABAJADORA  
DEL SECTOR DEL  
CARBÓN)

# SERIE DE CRÓNICAS

## LA TRANSICIÓN JUSTA ES CON LAS MUJERES

# PRESENTACIÓN

En esta ocasión, la serie de crónicas dedicadas a las mujeres del sector minero-energético, continúa con su segunda publicación, en la cual nos complace presentar la vida y obra de Hidanora Pérez Campuzano, en el antes y el ahora de su transición personal y laboral. Siempre el marco serán las transiciones energéticas justas que cada colectivo construye y aspira desde sus realidades. Por lo que esperamos que esta segunda entrega abra más las conciencias y ambiciones de las mujeres para aprovechar los tiempos de cambio, los cuales desde CIPAME y desde la visión participativa que han construido las trabajadoras y los trabajadores, apostamos porque sean tiempos de oportunidad para la transformación y el despegue de todas las iniciativas reivindicativas de género que se están adelantando.

Si bien la primera crónica que publicamos en el primer trimestre, se ubicó en la mujer del sector de la energía, personificada en Diana Botía de Sintraelecól, en esta oportunidad damos un paso hacia el sector del carbón, de Sintracarbón, de Barrancas, de la Guajira, del Cerrejón: minerales, territorios, sindicatos y empresas diferentes en los mismos tiempos, donde ponemos la lupa esta vez.

**Equipo de Género CIPAME**



MUJERES CIPAME

# HIDANORA PÉREZ CAMPUZANO



**cipame**  
centro de innovación e investigación para  
el desarrollo sano del sector minero energético de Colombia



LIDEREZA SINDICAL

TRABAJADORA



“UNO ES LO QUE UNO  
QUIERA SER EN LA VIDA”  
HIDA PEREZ



## HIDANORA PÉREZ CAMPUZANO

En el municipio de Barrancas, en el corazón palpitante de La Guajira, vio la luz Hidanora Ester Pérez Campuzano un 16 de junio de 1984, en el seno de una familia colmada de vida con siete hermanos. En aquellos tiempos, el destino de las mujeres parecía estar sellado: la maternidad, la figura de una esposa casta, sumisa y obediente eran los moldes que se esperaba llenaran todas.

Sin embargo, desde su temprana edad, Hidanora desafiaba cada límite, rompía cada patrón, se liberaba de cada modelo impuesto, trazando su propio sendero con valentía, templanza, resistencia y una fuerza desbordante.

Hace casi catorce años, Hidanora unió su destino al Sindicato de Trabajadores de la Industria del Carbón (SINTRACARBON). Sin embargo, su vida tomó un giro significativo hace una década, cuando, al enfrentar el acoso laboral, se erigió como una de las líderes sindicales más prominentes de su organización. Este sendero no solo ha sido una lucha por sus derechos, sino también una batalla por el reconocimiento político de las mujeres en su sector y en las organizaciones sindicales. Su inquebrantable dedicación y compromiso la llevaron a ocupar puestos destacados en la junta directiva del sindicato en dos ocasiones. Hoy, Hidanora brilla como vicepresidenta en la plataforma más influyente y numerosa del país, la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) seccional Guajira, un faro de esperanza y cambio en el país.

*"Crecí con una visión del mundo diferente"*

Un aspecto que marcaría fuertemente su vida fue nacer en una de las regiones más olvidadas por el Estado, donde sus habitantes sueñan que algún día mágico llueva a cántaros la buena suerte, tal como lo describe Eduardo Galeano en su poema Los Nadie.

Así como la lluvia y la suerte eran un sueño lejano, también lo era el acceso al agua potable, a la Televisión o a un salario digno para sus padres. Hidanora recuerda que creció conociendo las noticias por un pequeño radio desgastado, que tenían sus abuelos, y que para darse un baño o cocinar debían caminar largos minutos hacia el molino con varios baldes, el único lugar en su corregimiento que proveía de agua a toda una comunidad.



Aun y con todas estas circunstancias, la situación que más le dolió a Hidanora por estos años fue enterarse de un grave padecimiento médico de su mamá, lo que llevó a que ella con su padre se trasladaran por angustiosos meses a la ciudad de Bogotá, el único lugar donde podría tener un tratamiento digno. Hidanora pasó de ver tejer ilusiones a sus padres cada noche, a imaginarlos entre sueños anhelando su reencuentro, apoyándose en sus hermanos y abuelos para soportar la incertidumbre del mañana y la constante pregunta si volvería a ver a su familia completa reunida otra vez.

Y por si esto no fuera suficiente, bajo el manto de la noche, su tierra fue por estos años un territorio en disputa entre las insurgencias y el paramilitarismo, donde el sonido de las cigarras era aplacado por el bullicio de las armas, aunque existía la errónea creencia que los únicos que podían devolver la calma a las vastas arenas de la Guajira eran los paramilitares. Sería el tiempo quien demostraría cuan equivocados estaban los habitantes de allí.

Así crece Hidanora, en una región donde la tierra seca parecía no ser más que sinónimo de esperanza marchita, donde los días pasaban lentos y más lento aún llegaba cualquier tipo de ayuda social para sus pobladores. Daba la impresión que el único protagonismo que podía tener la Guajira en el país era cuando aparecían en la crónica roja de la prensa local.

Sin embargo, la fuerza del alma y en las ansias de búsqueda de un futuro digno y feliz lograron anteponerse a toda la pesadez de las circunstancias y bajo lo que parecía un milagro, las partecitas de felicidad de Hidanora que se fueron con sus padres a Bogotá, volvieron a reencontrarse en aquellas tierras arenosas donde el sol esta vez vio florecer las esperanzas de una niña que aún tenía mucho que vivir junto a sus padres.

### ***Una infancia llena de valentía***

Hidanora creció inmersa en una familia numerosa, arraigada en las más tradicionales costumbres y las directrices ideológicas del Partido Conservador. Su madre, una maestra dedicada, asumió un papel pasivo en el hogar,

guiando a sus hijas según los estándares convencionales de la sociedad de la época. Su padre, un profesional en el campo agrícola, a menudo buscaba sustento adicional a través de trabajos temporales. Recuerda que fue él quien siempre respaldó y alentó esos comportamientos que se consideraban inusuales para una niña de aquel tiempo.

Hidanora resaltó a cada colegio al que llegó por su fortaleza, audacia y su negativa a permanecer en silencio ante las injusticias. Mientras otras niñas jugaban con muñecas o se mantenían serenas ante cualquier situación, ella prefería balones, bicicletas y alzar su voz cuantas veces fuera necesario. Es así que, desde temprana edad, sin ser muy consciente de ello, desafió estereotipos y roles de género que se imponían constantemente a las mujeres.

Fue una de las mejores estudiantes en su colegio y en su infancia y adolescencia se le concedieron muchas cosas que a otras niñas nunca les hubieran permitido, no obstante, el peso de ser diferente al resto la obligó a soportar múltiples violencias por parte de la sociedad y de algunas personas de su familia.

"Me resistí mucho al modelo en el que encajaban a las mujeres" manifiesta Hidanora al evocar aquellos años de su vida. Esa resistencia, como un faro en la tormenta, atrajo sobre ella crueles epítetos: "machorra", "fea", "negra". Cruels palabras que, con el tiempo, se transformaron en un asedio constante, en acoso y bullying.



"Yo no sabía que era negra y lo que significaba ser negra,  
Hasta el día que se burlaron de mi cabello afro  
Y comenzaron los comentarios.  
Yo solo era una niña,  
Era una niña que no entendía,  
No entendía por qué decían que "tenía el pelo malo o como un estropajo",  
No entendía por qué decían "ese color de piel tan feo".  
Crecí con inseguridades,  
Crecí sintiendo pena de mi cabello  
Y miedo sobre lo que dijeran si lo traía suelto.  
Yo nunca vi las barreras, las separaciones o las diferencias,  
Yo solo veía a una niña, delgada y pequeña  
Que reía, saltaba, cantaba y bailaba".  
(Poema Liseth G.M., 15 años)

Sin embargo, este hostigamiento solo templó más su carácter, forjándola en el fuego de la adversidad. Su liderazgo y fortaleza se hicieron manifiestos, emergiendo como la indomable líder de su grupo de amigas. Como ella misma expresa, "tenía que sacar los dientes", pues solo así sentía que lograría la paz y el respeto que merecía. Su voz, firme y decidida, resonaba como un eco de resistencia en medio de un mundo que intentaba silenciarla.

En esa época, el silencio era el rey, y la ignorancia, su consejera. En aquellos años, en las instituciones educativas, la noción de asuntos como el bullying, la igualdad de género, la división sexual del trabajo o el patriarcado era inexistente. Nadie pronunciaba, ni en susurros, que a las mujeres había que respetarlas, ni mucho menos se reconocía que existían múltiples maneras en que niños y niñas podían expresar su género.

No se entendería sino muchos años después que todos estos comportamientos tenían nombre y apellido: racismo y patriarcado. Y que no derivaban más que de una sola circunstancia a la que Hidanora por más que se esforzara no podría cambiar: ser mujer negra.



"Mi infancia fue fuerte y lo único que yo sentía era que crecí con una visión diferente del mundo porque yo lideraba, hacía, y me formaba en una posición que no era tan femenina para la visión de los demás, y por esta razón era estigmatizada".

### **Un reto mayor.**

Al concluir su bachillerato, se encuentra ante un desafío aún mayor: sus estudios superiores, que la llevarían desde el cálido abrazo de su región hasta las gélidas calles de la ciudad de Bogotá.

La situación económica de su familia, un eco constante en sus decisiones, se erigió como el timón de su destino. Su madre, único bastión laboral, ya sostenía los sueños universitarios de su hermana. Para aligerar la carga y no sumar más peso a la balanza de las dificultades, decidió navegar hacia Bogotá, donde su hermana tejía su propio camino. Allí, entre las brumas de la urbe, entre el susurro de los sueños postergados, escogió estudiar un técnico en Diseño Gráfico en la Corporación Unificada Nacional. Aunque su alma anhelaba surcar las aguas del conocimiento como politóloga o abogada, esos anhelos debieron esperar en la orilla de las limitaciones materiales en su hogar.

Hidanora desafió sin pensarlo la corriente "normalidad" y estándar capitalino de estos años: ser una mujer, negra, foránea y de escasos recursos que pretendía cambiar su destino estudiando, era reprochable y por ello fue objeto de múltiples juicios de la sociedad y de sus compañeros de estudio.

Sumergirse en las entrañas de Bogotá, dejando atrás el cobijo de su pequeño pueblo, fue enfrentarse a un abismo de contrastes. En la Corporación donde buscó conocimiento, en lugar de hallar refugio, encontró el eco persistente del acoso. Era la única "costeña y negra del lugar", según la etiqueta de sus compañeros, quienes teñían esas palabras con un matiz negativo. Fue objeto de discriminación por su origen, por el tono de su piel y hasta por su forma de vestir, pero sobre todo por negarse a moldear su vida y su ser al estilo capitalino, por no esconder su acento y su pelo afro, por no desistir de sus sueños y reivindicar su historia y su territorio con orgullo.

Estos años pueden fácilmente enmarcarse en el poema de Shirley Campbell, *Rotundamente Negra*:

*'Me niego rotundamente, a negar mi voz,  
mi sangre y mi piel.*

*Y me niego rotundamente a dejar de ser  
yo, a dejar de sentirme bien, cuando miro  
mi rostro en el espejo con mi boca  
rotundamente grande, y mi nariz  
rotundamente hermosa, y mis dientes  
rotundamente blancos, y mi piel  
valientemente negra.*

*Y me niego categóricamente a dejar de  
hablar mi lengua, mi acento y mi historia.*

*Y me niego absolutamente a ser parte de  
los que callen, de los que temen, de los que  
lloran. Porque acepto, rotundamente libre,*



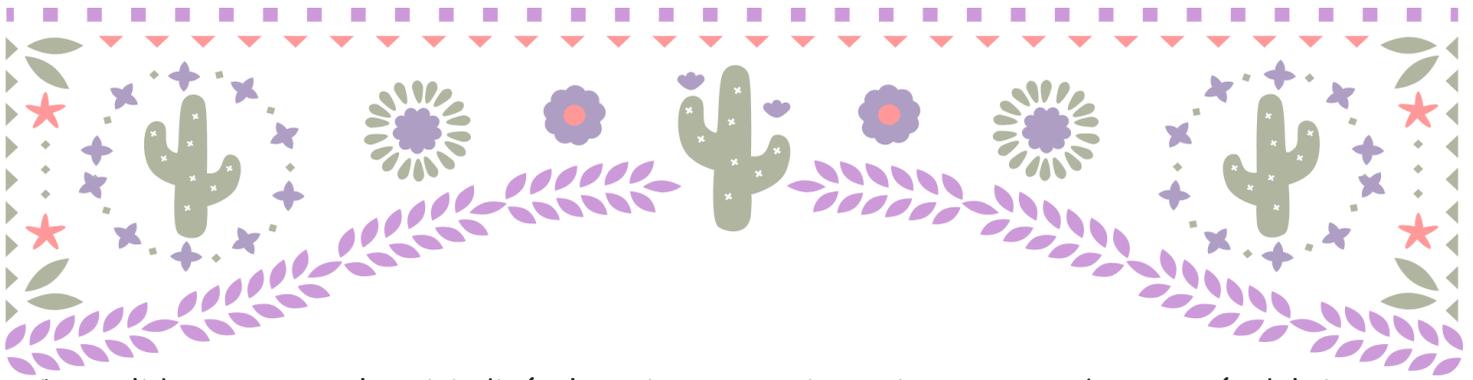
*rotundamente negra, rotundamente  
hermosa.'*

A pesar de los rechazos y de aquellos que intentaban aislarla y alejarla de sus sueños, Hidanora logró mantenerse en esa ciudad durante cinco largos años. No solo culminó sus estudios, sino que también ahorró y trabajó durante dos años, construyendo una mejor estabilidad económica. Con el corazón fuerte y la determinación intacta, volvió a su pueblo, donde comenzó a generar su propio dinero. Finalmente, el destino le sonrió con una oportunidad laboral que cambiaría su vida por completo: el Cerrejón, una de las minas más importantes del país que explota, produce y exporta carbón.

Comenzaba una de las etapas más trascendentales en la vida de Hidanora: su ingreso a una de las industrias más masculinizadas del país. Las mujeres no tenían cabida en aquel sector, salvo en cargos administrativos y de oficina. Pero Hidanora, siempre desafiante ante lo establecido, no iba a permitir que determinaran por ella su vida profesional, rompió con los parámetros para las mujeres en esta área siendo una de las primeras y pocas que ingresaron al mantenimiento de carros eléctricos y, posteriormente, a la reconstrucción de motores.

En el Cerrejón, un nuevo capítulo de desafíos se desplegó ante ella. A pesar de las advertencias de su familia, seis meses después de su ingreso, decidió sindicalizarse, un acto de valentía en un terreno hostil. Sin embargo, no fue sino hasta tres años después que comenzó a forjar su camino como líder sindical, esculpiendo con su coraje un sendero de esperanza y cambio en un mundo que parecía inmutable.

Su travesía como líder comenzó en un momento de profunda vulnerabilidad: estando embarazada, fue víctima de acoso sexual en el trabajo. Esta dolorosa experiencia encendió en ella una llama de indignación y valor, impulsándola a alzar la voz y a recuperar el papel histórico de la mujer en el sindicalismo.



Con su liderazgo, no solo reivindicó a la mujer como una figura política activa y esencial en las transformaciones sociales y laborales del país, sino que también demostró que el sindicalismo solo podrá ser verdaderamente transformador y coherente cuando denuncie las explotaciones y violencias derivadas de un sistema laboral capitalista, patriarcal, racista y colonialista.

En ese largo y arduo camino, Hidanora, con cada paso que daba, honraba a todas sus ancestas, a todas aquellas que desde tiempos remotos se opusieron a una vida de esclavitud y olvido. Su lucha se convirtió en un eco de



resistencia que resonaba a través del tiempo, un tributo a la fortaleza y el espíritu indomable de las mujeres que la precedieron y se resumen perfectamente en estos versos:

"Descubrí en mi sangre de pronto a una abuela, a una hembra, una larga hilera de madres cantando y una tierra negra sembrada por ellas, y entonces crecí y me hice grande como las estrellas y me hice larga como los caminos, me entendí mujer, una mujer negra".

(Carta a mis abuelas, Shirley Campbell)

La historia de Hidanora, un tejido de valentía y coraje, entrelaza los hilos de las mujeres, de todas aquellas valientes negras que sostuvieron su cabeza en alto cuando las leyes, la iglesia y la misma sociedad les daban la espalda, negándoles incluso su humanidad. Hidanora emerge como un faro en la oscuridad, una voz que resuena a través del tiempo, parte de la generación que abrió puertas y ventanas para que las nuevas generaciones puedan caminar sin el peso de antiguos grilletes.

Ella representa la ruptura de esquemas, un rayo de luz que ilumina el sendero hacia un horizonte más amplio, donde las oportunidades no sean un privilegio reservado, donde los derechos sean certezas arraigadas en la conciencia colectiva. Hidanora hace parte de una generación que asumió las injusticias ajenas como propias, que en cada batalla esculpió un camino hacia la dignidad y la esperanza. Su legado, como una melodía en el viento, es la certeza de que cada paso dado es un peldaño más hacia la libertad y la realización plena.

Este proyecto es realizado gracias al apoyo de:

**Mondiaal** 